

## Yo nací un día que Dios estuvo enfermo

Terminaba la noche del 6 de noviembre de 1920 y César Vallejo se sintió feliz de tener memoria. Quien no la tiene solamente es polvo y ceniza, más aún si acaba de entrar en la cárcel, y no sabe si algún día va a salir de allí.

—¡Dígame, por favor! ¿Estamos vivos? —repitió su compañero de calabozo, y el poeta no supo qué responderle. A los dos los envolvió por fin la noche. Se encendieron y apagaron la cárcel, los muertos, las paredes, el aire, la conciencia.

César Vallejo había empezado a recordar toda su vida desde su nacimiento en Santiago de Chuco hasta los 28 años que ya tenía entonces, y no supo nunca si la memoria le llegó en la vigilia o en el sueño.

Recordó que, cumplidos los noventa, el padre Hipólito Paredes, párroco de su pueblo, había dejado el servicio religioso y estaba viviendo en Trujillo. Habitaba una casa de la calle del Apuro, llamada también Grau, en un callejón de la cuadra sexta donde lo había guarecido su hijo Santiago. César solía visitar allí al sacerdote, y escuchaba en sus monólogos el recuerdo interminable de la tierra lejana.

—Cuando tú naciste, César, cayó un diluvio de estrellas. Era el 16 de marzo de 1892, fiesta de San Hilario y San Clemente. El cielo estaba lleno de agujeros negros, y las constelaciones se venían abajo y no tenían cuándo terminar de desprenderse. Iban y venían los luceros, y se iban otra vez cielo arriba. Los que veíamos caer habían salido de los confines de lo que está negro en lo negro, de allí donde Dios todavía está creando mundos. Algunas noches, las estrellas volaban hasta un punto del cielo y desde allí se lanzaban en bandada hacia el resto del universo. Descendían hasta la torre de la iglesia y volvían a remontarse. Picoteaban las frutas de las huertas y alzaban vuelo hasta perderse en las montañas del oeste quizás para sumergirse en el mar.

—¿Y usted qué hacía, padre?

—Nada, sentarme en la oscuridad.

César trató de imaginarse al viejo cura sobre alguna de las bancas de la iglesia de su pueblo. Pensó en los rostros de los santos a medianoche con el templo cerrado y los imaginó con la cara vuelta hacia la banca de adelante para observar al sacerdote. Esa imagen lo asustó.

—Recuerdo que era mayo cuando te trajeron a bautizar, y yo me preguntaba si aquella noche se borraría la Vía Láctea. Felizmente, un buen día, o más bien, una bella noche, alzamos la vista al cielo y allí estaban juntas todas las estrellas. Formaban manadas y constelaciones. Silenciosas y obedientes como las ovejas, pasaban frente a nosotros como si estuvieran esperando que les pasáramos lista, o comenzáramos a contarlas. Eso me hizo pensar que la luz siempre regresa aunque haya largos tiempos de negrura.

Hablando de tu bautismo, recuerdo a tu padrino, Manuel Rodríguez. Lanzaba monedas de uno y de dos centavos a la calle. Te juro que lo veo como si fuera ahora mismo y hasta me parece que las monedas se hubieran quedado suspendidas en el aire. Don Francisco, tu padre, muy serio, muy noble, muy gobernador él, me recordó que estaba invitado a su casa para celebrar el acontecimiento. Tú eras el hijo número doce. Tu padre me dijo que te mandaba Dios para que lo sirvieras porque estabas destinado a la iglesia.

—¿Cómo usted, padre?

—¿Humilde pecador como yo?... No, tú habías nacido para ser obispo.

César recordaba que sus abuelos paterno y materno también habían sido sacerdotes, y pensó en el padre Hipólito, allá en Santiago, sentado en la oscuridad y contando las estrellas. ¿Qué habría sido de él si no hubiera tenido hijos? ¿Habría tenido que quedarse viejo y solitario bajo un cielo vacío?

—¿Qué tal si doña Angélica Díaz no le hubiera dado un hijo tan noble como Santiago?

—Calla, calla, César, y no repitas lo que has dicho. Tú eres un intelectual liberal y un universitario, pero la gente común y corriente no entiende de esas cosas. Digamos que Santiago es mi sobrino como lo son Ego y Martina, sus hermanos.

Después, para cambiar de conversación, le habló de los ángeles. Al padre le encantaba relatar que los ángeles pueden volar en cualquier dirección, pero sea cual fuere el rumbo que tomen, su cuerpo y su rostro, siempre encuentran la cara de Dios enfrente de ellos.

Un día, luego de conversar con el padre Hipólito, César Vallejo se encontró con su amigo Francisco Xandóval y le dijo que ahora ya se explicaba por qué caían estrellas en sus sueños.

—Creo que hubo un error en mi nacimiento. Yo nací un día que Dios estuvo enfermo.

Ahora, en la cárcel de Trujillo, se convencería aun más de que era producto de un error en el cielo y escribiría:

*Yo nací un día en que Dios estuvo enfermo. Grave.*

El padre Hipólito le recordaba su infancia, sus primeros juegos, las lecciones de catecismo, su participación en el coro de la iglesia, el portón de su casa, el ámbar otoñal de aquellos tiempos, todas aquellas lejanas vibraciones de Santiago. Cuando estaba por cumplir los ocho años de edad en 1900, César entró a la escuela municipal para cursar el primer grado de primaria.

Los años siguientes, estudiaría el resto de la primaria en el centro escolar 271. Abraham Arias, el maestro, vestía un abrigo plomo. Su cara era flaca y dura. Sentado en su pupitre, tenía siempre los ojos cerrados como si no necesitara ver para saber. El sombrero no alcanzaba a cubrirle la melena blanca que se le desparramaba hasta los hombros. Cuando hablaba con un alumno, lo miraba a la frente, no a los ojos. Cuando no hablaba con nadie, miraba hacia lo alto. Parecía estar esperando una orden del cielo.

Había vivido unos años en París, y de allí se había vuelto a Santiago de Chuco, pero no hablaba de su vida en el extranjero. Su pasado era un misterio. Algunos decían que había estado envuelto en una conspiración para matar al presidente y que, tal vez, usaba un nombre falso. Otra conjetura lo hacía huyendo de un doloroso recuerdo o de un amor imposible. Eso es lo que César escuchó mientras conversaban sus padres.

Un día, don Abraham llevó a los niños a visitar las ruinas arqueológicas de las Cuevas de Patarata, la Montaña de la Luna y Huashgón, a pocos kilómetros de Santiago.

—Hay que tener ojos de ver para ver el Perú —dijo el maestro—. La nuestra es una tierra que pocos conocen porque no pueden verla, ni oír lo que dice. Pongan el oído en esta roca y escuchen.

Los muchachos lo hicieron y les pareció sentir el rumor de un río embravecido. Otro día les llegó, desde adentro de la roca, un sonido de pasos marciales.

—Dicen ustedes que oyen pasos. ¿No les parece que son los guerreros incas?

Los muchachos continuaron con el oído en la piedra, y cada cual escuchó algo diferente: voces altivas, piedras que rodaban, cóndores que alzaban el vuelo.

—Los que no saben ver ni oír sólo ven en nuestros templos del pasado piedras sobre piedras. Piedras negras sobre piedras blancas o piedras blancas sobre piedras negras, eso es todo lo que creen ver.

—¿Piedras?

—Piedras. Pero quien construye con piedra altera el orden del universo. Los que ponen una piedra sobre otra, los que edifican formas geométricas, los que trazan un camino en la montaña están cambiando el mundo al que llegaron, y el mundo ya no vuelve a ser el mismo después de que ellos han pasado. Igual ocurre con los que inventan palabras.

—¿Se puede inventar palabras?

—Se puede, César. ¿Por qué lo preguntas?

—Yo quiero inventar palabras

—¿Tienes doce años, no?

—Doce.

—¡Doce! Tienes tiempo. Tendrás tiempo. Mucho tiempo para inventar todas las palabras que quieras.

—Pero yo quiero comenzar ahora mismo. ¿Qué puedo hacer para inventar palabras?

Las cejas se le habían arqueado. Eran tan abundantes como un bosque. Parecía querer hipnotizar a su maestro.

Don Abraham prefirió cambiar de tema.

—Centenares de pueblos han caminado por el mundo —prosiguió—. Casi tantos como las estrellas. Pero los más se guarecieron del frío, de la noche y de la lluvia metiéndose en refugios, en cavernas o en carpas que pronto abandonaban. Ellos pasaron nada más, y por eso sus espíritus volvieron al fango y su destino se confundió con el de las otras bestias del planeta. Pero nuestros antiguos padres transformaron las montañas, y al desierto le dieron forma, espesor y habitaciones humanas, y por eso nuestras viejas ciudades son santas, y los fundadores de nuestro mundo se han ido pero no han pasado. Los llaman gentiles, y no han muerto por completo; duermen solamente debajo de esas piedras.

Entonces, los niños le preguntaron si era posible ver a un gentil.

—Verlo, lo que es verlo, no —dijo don Abraham— y además, ¿para qué necesitamos verlo? Pero sí se les puede escuchar. A veces, sin que nosotros lo sepamos, hablan e incluso escriben a través de nosotros.

Al día siguiente de aquello, fue a verlo el padre Francisco, quien además de párroco del pueblo, era el profesor de Religión. Lo interrumpió en medio de la clase.

—¡Usted no puede embaucar a los niños con esas supercherías! —clamó y añadió—: Las ruinas y las creencias de los indios son solamente supersticiones.

El maestro tenía en la mano un cerámico de la cultura Chimú y estaba explicando el arte y la cosmogonía del Perú prehispánico. Lo dejó continuar.

—¡Niños! Si un maestro les habla de gentiles o de antiguos padres, ustedes no deben creer en eso. En la parroquia, hay libros más sencillos y a su alcance que les explicarán la historia. Los incas fueron muy organizados, pero salvajes e ignorantes. No creían en el verdadero dios.

—Esos libros mienten —dijo con una sonrisa el maestro.

—Pero, Dios no. ¡Dios no miente!

—No, no miente. Habla a través de este cerámico, del canto de los pájaros, de la voz de los poetas, de las historias maravillosas y de todas las creaciones del arte.

—Pobre, don Abraham. Se murió muy joven —acotaba en sus conversaciones el padre Hipólito—. Y vaya con el sacerdote que le tocó para sus funerales. Nada menos

que el padre Francisco, un cura que me reemplazó durante los años que anduve por la Costa.

Vallejo recordaba al sacerdote vasco, de ojos negros y profundos, tan profundos como el juicio final, que había instalado una suerte de gobierno religioso sobre el pueblo y prohibía los tragos, las reinas del carnaval, las canciones licenciosas y el bailar pegados en las fiestas del Apóstol. El sacerdote se negó a asistir al entierro de don Abraham.

—No iré ni aunque me lo ordene el obispo porque se trata de un francmasón. No puedo negar que era un hombre honesto y de buenas costumbres, pero era un francmasón.

Tiempo después, al padre Francisco, luego de un motín, los vecinos lo sacaron en mula del pueblo, y le advirtieron que no volviera más. Entonces, don Hipólito pasó a ser el párroco, y en ese cargo había permanecido medio siglo hasta que se hizo nonagenario y prefirió irse a la costa. “Padre”, le dijeron los fieles, “usted es como nosotros, quédese siquiera hasta que cumpla cien años”.

Pero no lo convencieron y partió a la costa con dos maletas. La más flaca contenía su ropa, un misal y una sotana de recambio. La otra maleta guardaba una pequeña y vieja estatua de la Virgen de la Puerta. Mucho tiempo atrás, la habían dado de baja en la iglesia y abandonado en el depósito de los santos que dejan de hacer milagros. En ese lugar, los ángeles perdían las alas y el solideo y los beatos de yeso se hacían cada día más viejos.

En aquella maleta, cargaba también alguna ropa de princesa para que de vez en cuando la Virgen se diera algunos lujos. En el domicilio de Santiago, el padre escogió una esquina de la sala y allí le erigió un pequeño altar.

—Anda, recita. A la Virgen le gusta mucho la poesía —rogaba a Vallejo mientras quitaba los zapatos a la pequeña estatua y se los cambiaba por unos botines dorados.

—Con frecuencia, hay que cambiarle las medias y los zapatos. ¡Pobrecita!... Con la que cantidad de cielos que recorre...

Durante toda su vida universitaria, César Vallejo no dejaría de visitar al viejo amigo que tantos recuerdos de infancia le traía.

—Mírala fijamente. Mira cuánto se parece a tu madre.

—Recuerdo que muy niño tú querías ser sacerdote, Cesítar. Nunca habías visto un obispo porque los obispos viven en sus jurisdicciones, y raras veces visitan pueblos chicos como el nuestro. Solamente viajan para dar la confirmación a los niños, y eso ocurre una vez cada década. Sin embargo, tú decías: “Yo voy a ser obispo. Voy a llevar una mitra sobre la cabeza”. Lo decías todo el tiempo.

—Eso no lo recuerdo bien, padre. No entiendo por qué no lo recuerdo. Y no sé por qué no seguí con la idea.

—Fui yo quien te disuadió, César. Fui yo.

Santiago De Chuco es un pueblo pequeño, rancio, gélido y duro como queso de sierra. Se empina sobre la cordillera a una altura de tres mil cien metros sobre el nivel del mar, a unos ciento sesenta kilómetros de Trujillo, que es la capital del departamento de La Libertad. Para llegar de una ciudad a otra, había que viajar unos diez días. Si se viajaba desde la costa, los tres primeros serían en autobús y camión. El resto había que hacerlo a lomo de bestia.

Dos grandes piedras a la entrada parecen los brazos con que se sostiene la ciudad sobre la tierra, o las dos columnas que le confieren la solemnidad de un templo. Al fundarla sobre la antigua Andaimarca, los conquistadores la pusieron bajo la advocación del Apóstol de España. Las casas apenas se desprendían del suelo y parecían llorar

cuando la lluvia resbalaba por las tejas. A esa altura, el frío quedaba aprisionado entre el cielo y las techumbres.

Una hilera de gallinas atravesaba la calle larga cuando el día estaba ya partiéndose por la mitad. Se diría que el cacareo lo partía. Allí nacieron los 12 hijos de Francisco de Paula Vallejo Benítez y María de los Santos Mendoza Gurrionero. Se llamaban: María Jesús, Víctor Clemente, Francisco Cleofé, Manuel María, Augusto José, María Encarnación, Manuel Natividad, Néstor de Paula, María Águeda, Victoria Natividad, Miguel Ambrosio y César Abraham. Por la proximidad de sus edades, Miguel y César, los dos hermanos menores, eran inseparables

La visita escolar a las ruinas del pasado desató una incontenible pasión arqueológica en Vallejo. Con su hermano Miguel, su amigo Cristóbal Delgado y los hermanos Ciudad, pasarían noches enteras explorando las ruinas y empezarán a ver mucho más que piedras sobre piedras. La arena se tornaba azul a la luz de la luna y, cuando miraban hacia el final del camino de los incas, veían un polvo que parecía bajar de las estrellas. Se les ocurrió pensar que los antiguos constructores posiblemente tenían ancestros en un lucero distante, y no habían olvidado su origen.

A don Abraham le dio un desmayo en plena clase. Lo llevaron a su casa, y no volvió más a la escuela. Era un cáncer en el cerebro, y se lo llevó tres semanas después. Pero unos días antes de su muerte, cuando la familia Vallejo lo visitaba, el enfermo pidió quedarse un momento a solas con su alumno favorito.

El rostro se le había afilado. Sus ojos ardían como dos tizones en la semioscuridad del cuarto.

—César. ¿Eres César?

—Sí.

—Acércate más.

El niño obedeció asustado.

—¿Te acuerdas de todas mis clases?

—No.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que querías inventar palabras?

—Eso sí. Eso lo recuerdo todos los días.

—Palabras... frases... libros... Eso es lo que hacen los escritores.

—¿Sí?

—Sí. A los mejores no les basta con inventar frases. Construyen nuevas palabras. Les ofrecen otros sentidos a las existentes. Haz de cuenta que una palabra se ha perdido, hijo, y búscala. O si no, invéntala.

—¿Quiere decir que los escritores son los buscadores de una palabra perdida?

El maestro sonrió. Era su manera de decir que sí. Le resultaba difícil hablar porque la fiebre lo había consumido. Estaba muy débil y pesaba la mitad que antes. En el cuarto contiguo, los vecinos que habían llegado para acompañarlo a morir, decían que estaba delirando.

—Tú vas a ser poeta, César. Te lo dice un muerto.

El pequeño se lo quedó mirando y, de verdad, le parecía ya difunto. Creyó percibir olor de barro en el ambiente. Se le ocurrió pensar que el maestro ya había estado enterrado, pero había regresado a la vida para hablarle. Después iba a morirse de nuevo.

Le brillaban los ojos. Sudaba. Temblaba. A la luz de las velas, su cara resplandecía. Se acercaba el tiempo en que debía salir de este mundo.

—Levanta el brazo derecho con la palma de la mano extendida y promete que no te vas a olvidar de lo que te digo.

César notaba que su brazo estaba temblando. Pensó que no iba a poder levantarlo. Más bien, tenía ganas de llorar.

—Tú vas a ser poeta, César. Tienes que serlo. ¿Me lo prometes?

—Sí.

No pudo levantar el brazo.

—No lo olvidarás.

—No. Nunca.

—Nunca. Mientras vivas.

—Mientras viva.

—Mientras vivas —repitió el maestro—. Mientras vivas.

A don Abraham lo metieron en un ataúd de madera sin pintar. Se quedó allí con el único terno que había usado en su vida. Parecía vestido para una actuación escolar en el reino de los cielos. Le cerraron los ojos. En las sillas alineadas contra las paredes, las autoridades del pueblo y los deudos bebieron pisco y contaron chistes durante toda la noche. La tarde del día siguiente, lo llevaron a enterrar. Al sacar el ataúd de la casa, don Francisco de Paula Vallejo, como gobernador del pueblo, y los tres hermanos del occiso tomaron las cintas.

En el camino al cementerio, César le preguntó a su padre la razón por la que el sacerdote no quería acompañarlos.

—Dijo que era francmasón, y que los curas católicos no acompañan a esas personas...

Se quedó un momento silencioso. Después levantó la voz:

—Pero te aseguro que cuando se muera el padre Francisco y toque las puertas del cielo, don Abraham saldrá a recibirlo.

Cuando sepultaban al maestro, César ya estaba inventando palabras. Por entre los árboles, le pareció escuchar la frase:

—Mientras vivas... mientras vivas...

Nunca olvidó el diálogo con el maestro difunto. En cualquier oscuridad de su vida, lo recordaría. Al salir del cementerio, la hierba murmuraba tristezas bajo sus pies. El día crecía gris y brumoso. El rocío se le confundía con las lágrimas. La mañana se puso al revés como si ya fuera noche.

Aquella promesa le despertó la obsesión de conocer el futuro, de saber todo lo que iba a pasar cuando fuera adulto. ¿Llegaría a ser un gran poeta? ¿Recorrería mares y países? ¿Conocería alguna vez a una mujer misteriosa y escribiría sobre ella? Hablaba con sus amigos sobre eso, y ellos le contestaban que el futuro no se puede ver y que lo que ha de ser, será.

El tiempo se iba veloz. Las nubes se iban cada vez más rápido. La luna parecía a punto de borrarse. Un día, César y su hermano Miguel comenzaron a compartir la facultad de la premonición. Durante la noche, ambos eran devorados por sueños feroces y al alba acababan exhaustos.

Llovía cuando Miguel lo quedó mirando.

—Te voy a decir un secreto.

Su madre los estaba llamando para el desayuno.

—Voy a morirme pronto. Voy a morirme muy joven —le dijo. Y se fue a sentar frente a la mesa sin agregar palabra.

No se hablaron durante el día. Parecían enojados. Dormían en el mismo cuarto. A medianoche, Miguel despertó:

—César.

—¿Qué?

—¿Has muerto alguna vez?

—Estás dormido.  
—¿Y yo, César?  
—¿Tú, qué?  
—¿Crees que estoy muerto?  
—Estás soñando. ¡Duérmete!  
—¡César, hermanito!  
—¡Te he dicho que duermas!  
—He tenido un sueño.  
—¿Qué has comido, Miguel?  
—He tenido un sueño que se repite. Con ésta, van tres veces.  
—¡Bueno, pues! ¿Qué sueño? ¿Cómo ha sido tu sueño?  
—¡Arde Santiago!, gritó una persona detrás de mí. ¡Santiago está en llamas!  
—¿Y por qué no fuiste a apagar el fuego?  
—Porque yo estaba muerto, César.  
—¿Qué has comido anoche?  
—Hay algo peor en mi sueño, César.  
—¿Peor?  
—¡Peor!... César Vallejo ha incendiado el pueblo, gritaban... Salí a ver qué pasaba... Dios me concedió permiso porque yo estaba muerto... Como te digo, salí a ver, y toda la esquina ardía.  
—¿No puedes dormirte de una vez?  
—El Apóstol Santiago subía al cielo en medio de las llamas.  
—¡Ah... sí! ¿Y qué hacía?  
—Montaba un caballo anaranjado.  
—Lo que tú has tenido es una pesadilla.  
—Todo lo vi como te estoy viendo ahora.  
—No, hermano Miguel, no me ves. Estás soñando.  
—¡Cuídate, hermanito, ¿sí?  
—Me cuidaré.  
—La voz proclamó que Santiago ardía por tu culpa. Después, subí al cielo y allí me encontré con mamá y papá. Estaban muy preocupados.  
—Ellos están vivos.  
—En el sueño, no. En el sueño nos vimos, y estábamos muertos.  
—¿Cómo lo sabías?  
—Papá, mamá y yo éramos transparentes. Los ángeles flotaban. Los podía ver como ahora te veo.  
—No, hermano Miguel. No me ves. Ya te dije. Estás soñando.

No volvieron a hablar del futuro, y Miguel se mantuvo sereno y triste como lo hacen los que han llorado en secreto o los que son dueños de un privilegio temible.

La última vez que lo vio, César ya era estudiante en la universidad de Trujillo, e incluso había pasado un buen tiempo en Lima. Viajó a Santiago de Chuco en julio de 1915, para la fiesta del Apóstol y encontró a su hermano completamente sano. Eso lo animó a hacerle un pronóstico.

—¡Esperaba encontrarte muerto! La verdad es otra: te casarás pronto, y serás escribano. —le dijo y agregó que ya le estaba viendo la cara de escribano, los pelos emergiendo por las fosas nasales y sus dedos haciendo cacarear a la máquina de escribir en una oficina colmada de infamias y expedientes.

Bebieron un poco en casa del mayordomo de la fiesta. César no dejaba un minuto de hablar de Lima. En esa ciudad, había conocido el Palais Concert, una especie

de bar, café y teatro donde quien entrara podía decir que había estado en Europa porque los barcos llegaban al Callao transportando espectáculos y orquestas del Viejo Mundo que deberían actuar en el prestigioso establecimiento.

—Las mujeres caminan como si se deslizaran sobre una pasarela y hablan en francés. Una de ellas se me acercó y no dejaba de llamarme “Mon cheri, Mon cheri”.

Pero Miguel no podía contenerse.

—No estés muy seguro, César.

—¿De que tendrás una nariz peluda?

—No estés muy seguro, hermano.

—¿De que serás escribano?

—También sé algo de ti.

Hablaba con la seriedad de los fantasmas.

—¡Pobrecito, César! Más allá de lo que llamas lejos, te irás.

—Sí, algún día. ¡Por qué no!

—Pero no volverás.

—Allí sí que te equivocas. Nunca voy a olvidar mi tierra. No puedo.

—No te he dicho que la olvidarías. Querrás volver, pero será imposible. Morirás lejos, hermanito, y ni siquiera tu cadáver ha de volver.

Los dos hermanos se quedaron callados como si hubiera pasado un ángel.

—César, hermanito, estando vivo vas a conocer el infierno. Para ser poeta, hay que haber caminado por el infierno.

Al día siguiente, César Abraham ensilló un buen caballo, y comenzó el retorno a la costa. Cruzó montañas sin descansar y se infiltró en senderos que solamente los arrieros conocían. Se detuvo en un abra en plena división entre la cordillera y el valle costeño y desde allí miró hacia donde debía estar su pueblo: “Si alguien me impide el regreso, por aquí volveré”, se dijo mientras escuchaba la respiración del caballo.

Cantaban los gallos cuando, varios días después, llegó a Trujillo. Muy cansado, se metió en la cama y no dejó de soñar que moriría lejos.

Ese año, César terminó su tesis sobre el romanticismo en la poesía castellana. El día en que escribía la página de las conclusiones, le llegó el telegrama de su padre avisándole que Miguel había muerto. Era el 22 de agosto de 1915, y las doce palabras del papel no alcanzaban para contarle muchas cosas. Algún tiempo luego, de visita en su tierra natal, preguntó por las circunstancias de la muerte y le respondieron que no había habido muchas circunstancias. Le contaron que su hermano se había sentido mal una tarde, que luego se había acostado y que había amanecido muerto. Nunca se supo qué mal se lo había llevado.

—¿Y por qué te interesa saberlo? —le preguntó su hermano Víctor.

—Las enfermedades son meros pretextos que se nos ofrece para que se cumpla el destino.

—A lo mejor, tienes razón.

—¿A lo mejor?

—Para mí, la muerte es como una puerta —replicó César—. Estás aquí o estás en el otro lado. No sabemos cuándo va a abrirse para dejarnos pasar.

Víctor era hombre de pocas palabras. Se alejó por el pasadizo mientras César continuaba hablando.

—A veces no sabemos de qué lado de la puerta estamos.

Quiso hablar con su madre, pero no pudo hacerlo. Ella había salido a caminar por el monte y cantaba. Sus brazos vacíos parecían mecer a un niño invisible.

*Hermano, hoy estoy en el poyo de la casa*

*donde nos haces una falta sin fondo!  
Me acuerdo que jugábamos a esta hora, y que mamá  
nos acariciaba: “Pero, hijos...”*

*Ahora yo me escondo  
como antes, todas estas oraciones  
vespertinas, y espero que tú no des conmigo.  
por la sala, el zaguán, los corredores.  
Después te ocultas tú, y yo no doy contigo.  
Me acuerdo que nos hacíamos llorar, hermano, en aquel juego.*

*Miguel, tú te escondiste  
una noche de Agosto, al alborar:  
pero en vez de ocultarte riendo, estabas triste.  
y tu gemelo corazón de esas tardes  
extintas se ha aburrido de no encontrarte. Y ya  
cae sombra en el alma.*

*Oye, hermano, no tardes  
en salir. Bueno? Puede inquietarse mamá.*

Su viejo amigo, el padre Paredes, ofició en la iglesia de San Agustín de Trujillo la misa por el alma del difunto.

¡Miserere. Miserere Nobis! Eran las siete de la noche cuando terminó la ceremonia religiosa, y mientras el sacerdote clamaba a Dios Miserere, Miserere Nobis, César pensó que desde esos cielos tristes caería una lluvia de estrellas y tuvo la sensación de que ahora estaba conociendo mejor el corazón de la noche. Cuando lo apresaron en Trujillo, Vallejo tenía el mismo terno negro que usara en la misa de muertos, y mientras caminaba cojeando y a veces empujado por los gendarmes, se imaginó que a su lado caminaba y cantaba una mujer dulce y dolida.

Ahora, mientras recordaba todo esto, había presenciado un combate entre dos sombras y estaba viendo los estirones que daban los cadáveres en el centro de la celda. Todavía no habían alcanzado el largor ni la dureza de la muerte.

—Esto es el Infierno, señor —le explicó el hombre que estaba a su lado.

Había esperado algunas horas y por fin se había atrevido a llegar hasta los cuerpos. Al volver, le informó a Vallejo en un tono muy bajo:

—Ya los han bolsiqueado —señaló con la vista la esquina donde cuatro presos fingían dormir—. No sé en qué momento lo hicieron. No les han dejado ni los zapatos. Pero estos dos ya están fríos.

—¿Sabe usted qué hora es? —preguntó Vallejo.

—¡Qué hora será! En estos lugares nunca se puede estar seguro de la hora. Solamente cuentan las horas los que no pueden dormir. Todo lo saben ellos y todo lo sienten. Incluso sienten cómo pasa la muerte litera tras litera y nos toma a cada uno la medida de los pies a la cabeza.

Todo olía a melancolía y a desinfectante.

—Están fríos —repitió el hombre. Agregó como si hablara solo:

—¿A quién más le tocará morir?